

Sobre la portada

Un hombre viejo de larga barba corre frenético tras un animal al que sólo se le ve la cola y las pezuñas traseras. La violenta estampida se adivina en el movimiento de los pies que no tocan el suelo, como en una instantánea que capta un momento congelado del rapidísimo transe. La cola del animal vuela dejando su rastro y continúa como eco en el movimiento de la barba del viejo; este hace ademanes de estrepitosa avanzada y se adivina el fragor de su grito. El fugaz personaje, que ocupa casi todo el cuadro, es un aguador fácilmente reconocible por su atuendo: la imprescindible gorra, camisa de manta, doble pantalón, huaraches y un mandil de cuero que lo protege de la humedad de sus avíos, y, por último, el atributo característico, un par de vasijas, llamadas chochocoles, contienen su preciosa carga que soporta con la cabeza. Es evidente que este aguador ha descuidado su tarea y se lanza sobre un nuevo objetivo, resultando lo que vemos en la imagen: la pérdida accidental del líquido.

Después de un examen más cercano, advertimos que el aguador resulta ser un gigante que sin querer vierte el agua de sus chochocoles sobre la ciudad de México que a sus pies ha quedado anegada. En el paisaje, el aguador es la nube más negra que finalmente se descarga sobre la empedregada capital.

El conato de alegoría del lluvioso mes de agosto forma parte de una práctica común de figurar los meses del año en la prensa, reproduciendo escenas cotidianas que se observaban en la ciudad y que combinaban vistas de los usos y costumbres vinculados al calendario cívico y al temporal característico del mes. No obstante, la ilustración de la primera plana de *El Hijo del Ahuizote* no está en la línea costumbrista; en esta ocasión, el recurso del aguador para figurar el mes de agosto resulta ser un sarcasmo en tanto que se personifica a la alegoría, es decir, además de ser una figura humana que encarna una idea abstracta, es un personaje específico al que se le atañe la responsabilidad de la inundación.

Es sencillo reconocer al aguador, se trata del científico Nicolás Zúñiga y Miranda, un personaje popular de esos días gracias a la misma prensa quien lo describe así: “Se ha perdido el sabio geólogo señor Zúñiga y Miranda, amigo nuestro. Se dará una gratificación al que dé razón de él. Usa unas

piernas muy largas. Levita más larga que las piernas y narices más largas que la levita.”¹

La elegancia del caballero se ha sacrificado en esta representación, no así su notable estatura y su gran nariz.

La relación de Nicolás Zúñiga con el mes de agosto de 1887 fue proverbial. Ese año los temblores y las inundaciones habían assolado varios puntos del país; a principios del mes de julio, entre noticias de inundaciones en La Encarnación, San Luis, Puebla y Yauhtepec,² se anuncia que Nicolás Zúñiga publicaría sus predicciones respecto a las catástrofes que se seguirían suscitando, y que incluía un presagio inmediato respecto a la capital. Este aviso encontró acomodó en las noticias que las personas comentaban: Zúñiga poseía una máquina que predecía temblores, artefacto inventado por él. En realidad, no se tienen pruebas de su calidad de científico, de sabio o de geólogo, más que por este útil invento que todos sabían que poseía y que sin duda sería de un valor irremplazable en un territorio assolado por los eventuales fenómenos de tal género. El folleto de aciagos presagios salió a la venta ese mes de julio y, ante la demanda, se pensó en preparar una nueva edición para el siguiente mes.³ El acontecimiento más temido fue la previsión de un gran temblor en la capital el día 10 de agosto de ese año; aunque también había presagios de una gran inundación. Finalmente el tan anunciado día llegó, el 10 de agosto por la mañana todos estuvieron pendientes del temido temblor que nunca ocurrió. El domingo 14 de agosto *El Hijo del Abuizote* le dedica una creativa e irónica crítica al pronóstico, firmada por “El Chismógrafo”, que es un banquete de hilaridad para desbaratar el presagio de una calamidad.⁴ Sin más, los hechos, la tierra no tembló y el profeta y su ciencia quedaron en ridículo. Para entonces, Zúñiga había desaparecido de la escena social en la que se había mantenido muy a gusto como protagonista; días después regresó a la capital y para septiembre se ocupó en ofrecer una explicación a los que seguían atentos a su trabajo: “Este caballero [Nicolás Zúñiga y Miranda] nos escribe una carta en que avisa al público de México que si se verifica algún terremoto no se le culpe de egoísmo, pues si no lo predice es porque las imperfecciones de su instrumento anunciador se lo impiden.”⁵

¹ “Aviso” en *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 14 de agosto de 1887, p. 7. Nicolás Zúñiga y Miranda fue un hombre conocido en la ciudad de México por un largo periodo, no sólo en la faceta que aquí presento, sino como participante de la política del momento. Se han hecho dos biografías de él: Guillermo Mellado, *Don Nicolás de México (el eterno candidato)*, s. e., México, 1931, y Rodrigo Borja Torres, *Don Nicolás Zúñiga y Miranda o el candidato perpetuo*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1999.

² “Inundaciones”, *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 3 de julio de 1887, p. 7.

³ “Miscelánea”, *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 24 de julio de 1887, p. 7.

⁴ “¡Miserere!”, *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 14 de agosto de 1887, p. 2.

⁵ “Miscelánea”, *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 25 de septiembre de 1887, p. 7.

Lo que sí ocurrió en el mes de agosto de 1887, previsto por el profeta, fue una gran y prolongada tormenta que dejó anegada temporalmente la capital; la más estrepitosa cayó el 21 de agosto, calificada como el *gran chubasco del siglo*.⁶ No obstante, resulta razonable que esto ocurriera. Los meses de verano, de manera precisa de junio a agosto, marcaban la temporada de lluvias y las anegaciones en la capital durante ese lapso no sorprendían a nadie. Así pues, el pronóstico de lluvias en agosto equivalía a comunicar lo obvio, como *El Hijo del Abuizote* lo recalcó ese mes: "Llovió. De arriba para abajo: a la antigua."⁷

Es interesante destacar el valor asignado por los habitantes al pronóstico respecto a los fenómenos naturales. El caso de Nicolás Zúñiga como profeta es particularmente relevante ¿En qué se cimentaba la confianza de sus pronósticos? ¿Acaso en su incierto renombre de científico, más precisamente de geólogo que lo hacía conocedor de la naturaleza del terreno? ¿Acaso en la esperanza de que existiera un instrumento que diera a conocer la previsión de los movimientos de la tierra? Lo que es posible concluir es que en el periodismo que hace *El Hijo del Abuizote* está presente un doble valor respecto a los cálculos apoyados en la ciencia o en lo aparentemente científico; por un lado se pone atención, se difunde y se cree en un pronóstico sustentado en esta conjetura; por el otro, se hace burla de aquello científico por inútil, porque acaso, hasta ese momento, no había dado resultado eficaz para prevenir una catástrofe por fenómenos naturales. Existen más casos al respecto, por ejemplo, se encuentran numerosos informes del clima a partir de la construcción del Observatorio Meteorológico en 1877, la prensa los difunde pero también se ríe de su obviedad, un tanto inservible en una sociedad acostumbrada a vigilar el ambiente, que fue un hábito muy útil al efectuar sus actividades más inmediatas.⁸

Es el mismo sentido del pronóstico errado en el que se entiende la portada que ahora presentamos; el profeta Nicolás no tuvo éxito en su prédica, es decir, se metió a toreador y no le salió la faena. En su empeño por perseguir lo que no pudo hacer, ha resultado que se convierte, en términos alegóricos, en la causa de su propia predicción apenas conseguida y ocurrida sin que el protagonista se percate de ello.

El recurso de alusión al toreador es muy vigente en ese año, una sincronía imposible de pasar inadvertida por quienes contemplaron la portada de *El Hijo del Abuizote*. A finales de 1886 se presentó en el Congreso la posibilidad de derogar la ley que prohibió las corridas de toros en la capital, la propuesta fue efectiva y el año de 1887 comenzó con la novedad de que las corridas serían una diversión pública que no se había permitido desde 1867; fue tal el éxito que "la fiebre de los toros convirtió a 1887 y 1888 en dos años que fueron definidos

⁶ *El Siglo XIX*, México, D. F., 22 de agosto de 1887, p. 1.

⁷ "¡Miserere!", *El Hijo del Abuizote*, México, D. F., 14 de agosto de 1887, p. 2.

⁸ "Meteorológico", *La Patria*, México, D. F., 23 de agosto de 1878, p. 3.

como la 'edad de oro' de la tauromaquia moderna en México".⁹ Las analogías entre cualquier tema y los toros se tornaron recurrentes y comunes en los discursos escritos y gráficos de la prensa de esos años.

La anécdota de Nicolás Zúñiga y el mes de agosto de 1887 fue particular, pero no excepcional respecto a los casos de predicción con el argumento de conocer el comportamiento de la naturaleza, de ahí la utilidad de ubicar un incidente que parecería absurdo por el tinte de embuste y chisme.

La imagen que ahora se publica como portada en *Secuencia* nos obliga a reflexionar sobre tres problemas de la época: primero, la relación entre las peculiaridades geográficas de la cuenca de México y sus habitantes, que tienen la necesidad de tener certezas sobre el comportamiento del entorno medioambiental; segundo, la apuesta a lo científico para resolver tal incertidumbre; y tercero, la posición ambivalente de la prensa en la relación medio-ciencia-habitantes. Con este ejercicio de análisis de una litografía he querido destacar que la comprensión de un documento visual, como lo es la caricatura, está en el estudio del contexto histórico. Los problemas que nos plantea la interpretación de una imagen se encuentran vinculados a la construcción que se debe hacer de los fenómenos sociohistóricos.

Citlali Salazar Torres
INSTITUTO MORA

⁹ Para este tema es imprescindible el artículo de Carmen Vázquez, "Charros contra 'Gentlemen'. Un episodio de identidad en la historia de la tauromaquia mexicana 'moderna', 1886-1905" en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, UNAM, México, 2001, p. 164.